

# El imperio de la violencia organizada

Salvando las obvias diferencias, la violencia del nuevo milenio se parece más a la que prevaleció a finales de los setenta y principios de los ochenta, que a la violencia de los primeros años de la posguerra

Publicada 6 de julio de 2006, El Diario de Hoy

José Miguel Cruz\*

El Diario de Hoy

[editorial@elsalvador.com](mailto:editorial@elsalvador.com)

Los datos del Instituto de Medicina Legal lo confirman: la violencia no se ha reducido en el país en lo que va de 2006. Más aún, de seguir así la tendencia, es probable que tengamos tantos o más homicidios que en 2005, por lo que estaremos superando nuestras propias marcas de los últimos dos años.



En realidad, la violencia salvadoreña no es nueva. No se crea ni con el fin de la guerra ni con los desatinados planes gubernamentales que han prevalecido en los últimos diez años. Pero lo que sí es nuevo --o al menos constituye una especie de renovación-- es el modo del ejercicio de esa violencia. La violencia se ha vuelto más organizada, más sistemática y más universal. Ahora no es sólo más frecuente sino también más extendida.

A diferencia del pasado inmediato, pero en terrible similitud con el pasado un poco más lejano --y oscuro--, la violencia de la actualidad es el producto de la actividad de grupos organizados que viven de la violencia y que la reproducen sistemáticamente. Estos grupos se pueden llamar maras. Sí. Pero también se llaman bandas de crimen organizado, sicarios, escuadrones de la muerte y grupos de limpieza social, algunos de ellos incluso ligados a instituciones estatales, como ya reportan los medios.

Salvando las obvias diferencias, la violencia del nuevo milenio se parece más a la que prevaleció a finales de los setenta y principios de los ochenta, que a la violencia de los primeros años de la posguerra. Ahora, la violencia más predominante está más dirigida a la eliminación del rival, del enemigo y de la amenaza, sea éste pandillero o no, que al despojo de pertenencias o el raterismo de supervivencia.

Siempre hay delincuencia común y siempre hay crímenes motivados por razones económicas, pasionales o circunstanciales, pero la configuración de la violencia de la actualidad es tal que lo que prevalece son las ejecuciones sumarias, las operaciones de castigo y venganza entre pandillas y grupos criminales, y la limpieza social de personas indeseables.

Una simple revisión de las notas periodísticas sobre los asesinatos que se cometen en el país lo confirma: la mayoría de homicidios se realizan como ejecuciones, son hechos claramente planeados y ejecutados por sicarios o grupos que cuentan con todos los recursos para secuestrar, privar de libertad, capturar e incluso torturar a personas cuyos cuerpos luego aparecen semienterrados o en la ribera de los ríos.

Se trata, por tanto, de violencia organizada, planificada y que cuenta con los medios para operar fuera del alcance de las instituciones de seguridad y de justicia, y en algunas ocasiones para utilizar a sus propios operadores.

Este es el tipo de violencia que ahora enfrenta el país y que --es necesario repetirlo-- es el producto de unos planes y políticas completamente errados e irresponsables.

Los planes llamados ahora de contundencia, sólo han servido para elevar el nivel de fuerza que se ejecuta desde las instituciones estatales, sin consolidar todos los mecanismos de investigación, supervisión y control que deben acompañar el uso de la fuerza, permitiendo la aparición de grupos de violencia más poderosos.

Por ejemplo, el gobierno salvadoreño decidió perseguir a los pandilleros con más fuerza, pero no les quitó a estos la posibilidad de acceder a armas más grandes. Por el contrario, con la aprobación de leyes permisivas, les proveyó de armas indirectamente: allí están los pandilleros y los grupos de crimen organizado con mejores armas que la policía.

Por ejemplo, la policía creó cualquier cantidad de unidades de choque sin desarrollar los mecanismos para que estas unidades fueran estrictamente supervisadas por la institucionalidad; con ello no sólo desmanteló su capacidad de control sino también de investigación. Ahora enfrenta el hecho de que tiene miembros del crimen organizado en su propio cuerpo.

El problema es que en este desorden en la seguridad pública, quienes usan la violencia ya no son sólo los pandilleros, en realidad, nunca fueron sólo ellos. Los que usan la violencia están insertados en diversos sectores y segmentos de la sociedad. Son crimen organizado, traficantes, grupos de limpieza social y "escuadroneros nostálgicos", entre otros.

Ahora, cuando se prepara una nueva ola de reformas legales, sin atender a los mecanismos de control por parte de la sociedad y sin tocar las raíces del problema, uno no puede dejar de pensar que se están poniendo las bases para la consolidación del imperio absoluto de la violencia.

*\*Director de IUDOP de la UCA y columnista de El Diario de Hoy.*